



JONATHAN LETHEM
Paisaje con muchacha

En este libro, Lethem tuerce las formas y las convenciones de la literatura para crear una historia totalmente fuera de lo común. La heroína es una joven de catorce años, Pella Marsh, cuya madre muere justo cuando su familia abandona un Brooklyn postapocalíptico por un planeta recientemente descubierto. Cegada por el odio a su padre y perturbada por una atracción irresistible hacia el viril y peligroso arrendatario de la pequeña colonia planetaria, Pella participará en una carrera hacia el descubrimiento que tendrá consecuencias trágicas e irrevocables para los humanos de la comunidad, así como para los exóticos nativos.

Paisaje con muchacha es una impactante exploración de la violenta naturaleza del despertar sexual, una meditación sobre el lenguaje y la percepción, y un homenaje a la gran tradición americana *western*. Pero, por encima de todo, es la prueba contundente del afianzamiento de Jonathan Lethem como uno de los talentos literarios más singulares de la narrativa norteamericana actual.

A Pamela

La visión de las montañas a lo lejos era a veces tan aplastante para Natalie que hacía que cayesen lágrimas de sus ojos o que se tumbase sobre la hierba, impotente para absorberla hasta tal punto... o de transformarla en otra cosa que no fuese su propia capacidad para contener dicha visión; era incapaz de dejar los campos y las montañas solos donde los había encontrado, se obligaba a llevárselos y usarlos como una portadora de algo al mismo tiempo real e irreal...

SHIRLEY JACKSON, *Hangsaman*

A la porra la ambigüedad. La perversión y la corrupción se hacen pasar por ambigüedad. No creo en la ambigüedad.

JOHN WAYNE

I

BROOKLYN HEIGHTS

Clement Marsh
Caitlin Marsh
Pella Marsh (13 años)
Raymond Marsh (10 años)
David Marsh (7 años)

1

Madre e hija trabajaban juntas, vistiendo a los dos chicos, enfundándoles la ropa. Los chicos se deslizaban bajo sus manos encantados, impacientes, mirando a todos lados. Casi gemían de placer momentáneo. Los cuatro iban a la playa, así que tenían que protegerse el cuerpo del sol. Los chicos nunca habían ido. La chica sí, una sola vez. Apenas se acordaba.

La chica se llamaba Pella Marsh.

La familia se mudaba a un lugar lejano, un lugar imposible. La misma distancia los obsesionaba, la distancia que tenían que recorrer. Los había infectado, invadía el espacio de la familia. Así que el viaje a la playa era un subterfugio, una pequeña expedición para tapar las conversaciones sobre la expedición principal.

—Ya no construyen arcos, ni nada —dijo Caitlin Marsh, hablando del lugar lejano, de la frontera.

—Entonces, ¿por qué los llaman Constructores de Arcos? —preguntó Raymond, el mayor de los dos chicos. Estaba sentado junto a su hermano en la cama. Ya se había puesto los zapatos.

La pregunta del chico fue entrecortada, su imaginación se esforzaba por alcanzar el sitio al que se iba a mudar la familia. Se esforzaba por alcanzar la velocidad del cambio inminente.

—No los llaman Constructores de Arcos —dijo Caitlin Marsh—. Se llaman a sí mismos Constructores de Arcos. Los que quedan, vamos. La mayoría se fueron.

Mientras su madre hablaba del planeta al que iba a mudarse la familia, sobre las criaturas que había allí, iba tejiendo el lugar hasta hacerlo real a los ojos ansiosos de sus hijos. Al hablar con ellos hacía que el viaje sonara como un juego, con voz lírica y persuasiva.

—¿Adónde se fueron? —preguntó Raymond.

—Un momento, Ray —dijo Caitlin Marsh—. David necesita sus zapatos.

Pero la chica sabía que la conversación iba dirigida a ella tanto como a sus hermanos y escuchaba intentando percibir algún error o fallo de comprensión en sus palabras, alguna nota desafinada en la canción que cantaba su madre. Algo que pudiera resaltar para desmontarlo todo de forma que la familia tuviera que quedarse.

—Tengo uno —dijo David, señalándose el zapato y sonriendo débilmente a su madre. Los chicos se sentían intimidados y se mostraban obedientes, notaban algo extraño en su madre.

—¿Dónde está el otro? —preguntó Caitlin en tono cansino—. Pella, ayúdale.

A Caitlin le caía el pelo largo y negro sobre la cara mientras se volvía del tocador de los niños al armario. Estaba nerviosa, casi frenética. La chica tenía ganas de arreglarle el pelo a su madre, de retirárselo de la cara.

Quería hacer que todos se quedaran, si podía. Hacerlos retroceder unos meses hasta antes de que su padre perdiera las elecciones y de que a sus padres se les ocurriera la idea de marcharse. Quería retroceder hasta antes de que le viniera la regla. Antes de la sangre, antes de la pérdida y antes de los Constructores de Arcos.

—¿Adónde se fueron? —repitió Raymond.

—Al espacio, muy lejos —dijo Caitlin.

—Pero ¿adónde? —insistió Raymond.

—Nadie lo sabe. Conoceremos a los que se quedaron. No hay muchos. Pero eligen las palabras inglesas de un modo muy peculiar. Se consideran Constructores de Arcos aunque no los construyan.

—Es un poco tonto —dijo Raymond pensativo.

—¿Tienen familias? —preguntó David.

—Viven mucho tiempo —dijo Caitlin—, así que casi nunca tienen hijos. Y no hay hombres y mujeres Constructores. Solo un género. Se llaman hermafroditas.

Estaba abrumándolos, amontonando datos casi sin sentido. El único hilo conductor era la insistencia de Caitlin, sus prisas. Su actitud maternal.

—¿Qué es eso? —preguntó Raymond.

—Cuando eres hombre y mujer al mismo tiempo.

—Repítemelo.

Caitlin repitió la palabra, y Raymond y David volvieron a repetirla entre risas ahogadas.

—Ten —dijo Pella después de rebuscar bajo la cama y encontrar el zapato de David. Estaba encerrado en una red de polvo, como si ya hubieran abandonado la casa y hubiesen regresado siglos después en busca del zapato. Pella rescató el zapato y lo limpió.

—Ayúdale a ponérselo —pidió Caitlin desde el armario. Organizó las cosas de la playa: manta, juguetes para la arena, conos solares—. Abróchale los pantalones para que no quede nada de piel expuesta. Ya sabes cómo se hace.

Pella suspiró, pero levantó el pie de David y lo calzó. Pella siempre tocaba a sus hermanos con ternura, incluso cuando estaba furiosa. Y David, en cuanto le tocaban se volvía pasivo, como un gatito al que acariciarán la nuca.

—Gracias, Pella —dijo Caitlin mientras empujaba una caja de cartón llena de mantas viejas de vuelta al caos que reinaba en el armario de los niños, con la ropa que se había quedado pequeña, los juegos de mesa y trastos olvidados que pronto abandonarían.

—Y si no construyen nada, ¿dónde viven? —preguntó Raymond.

Pella se detuvo junto a la ventana. Apoyó los dedos en las hojas selladas de vidrio tintado para filtrar el sol. Fuera estaba el río, el puente. Los túneles y las torres de Manhattan. El mundo. No me alejéis del mundo real, pensó.

—De todos modos, viven fuera —dijo Caitlin—. Ahora no quedan muchos. Solo unos pocos.

—¿Como animales? —preguntó Raymond.

—Modificaron el clima —explicó Caitlin—. Para que siempre haga buen tiempo. En el pasado la ciencia de los Constructores estaba muy avanzada. En la época en que construían arcos. Vamos, os lo contaré en la playa.

Caitlin los condujo al sótano. David cargó con los conos solares aplastados, pero la circunferencia le superaba en altura y tuvo que levantarlos por encima de la cabeza para que no fueran arrastrando por las escaleras. Caitlin y Raymond se rieron de él, Caitlin sin disimulo, feliz, aliviada de pronto de su aire meditabundo. Luego hizo que Pella se intercambiara la carga con David. Pella cargó con los conos y el pequeño cogió la manta.

Pella decidió que hoy no reiría.

El vagón subterráneo les esperaba en silencio y preparado en su puerto, con la carrocería pulida reluciendo en la penumbra. Raymond y David habían estado escabulléndose al sótano oscuro para jugar en la brillante cabina iluminada del coche y Pella podría haber predicho que encontraría el interior lleno de las figuras de acción de Raymond, el pato héroe y los patos villanos, el cuartel general de plástico y el helicóptero, los árboles y rocas falsos. Al verlos, suspiró de manera exagerada. Pero Caitlin solo sonrió, de nuevo imperturbable. Apartó los juguetes y cargó las cosas de la playa.

Se subieron al vagón, acomodando las rodillas en medio del vehículo y los conos de pie en el otro asiento. Caitlin tecleó la solicitud. Al cabo de cinco minutos la red res-

pondió y unos brazos de acero negro los arrastraron fuera del sótano y los unieron al tren que pasaba.

—Esta era una de las viejas líneas de metro —explicó Caitlin—. La F. De las de antes de la red, cuando solo había algunos trenes, trenes de verdad en los que todo el mundo viajaba uno al lado del otro. Solía cogerla para ir a la playa con vuestra abuela y caminar por el paseo marítimo y comer perritos calientes en Nathan's, y ¿sabéis qué más vendían?

—Ancas de rana, Caitlin, ya nos lo has contado —dijo Raymond.

—Puaj —añadió David.

—Cállate —dijo Raymond.

—Es asqueroso —insistió David.

—Ancas de rana, cabezas de rana, orejas de rana, pollas de rana —murmuró Raymond al oído de David.

—¡Basta!

Pella separó a sus hermanos a codazos y se sentó en medio, adelantándose a la inevitable petición materna. Apretujada entre los dos, pensó en la noche del discurso en que Clement admitió la derrota, los tres sentados en el salón de baile, a la espera, Raymond y David dándose patadas por debajo de la mesa, revolviendo los tristes globos decorados con el nombre de Clement dispersos por todos lados. Pella había cogido uno de los globos y lo había retorcido hasta hacerlo chirriar y luego explotar.

Enganchados a un lateral del tren recorrieron a toda velocidad el túnel a oscuras, con los rostros iluminados a ráfagas por las luces de colores de los anuncios que surgían de la oscuridad, tatuajes retinales que duraban un abrir y cerrar de ojos. El traqueteo de hierro antiguo del metro consolaba a Pella. Imaginaba que olía el metal recalentado. Estaba en el lugar al que pertenecía, bajo la ciudad de Nueva York; su familia en el vagón privado formaba una unidad diferenciada dentro de un enjambre ingente, enterrados lejos

del cielo. Dejó que el martilleo de la vía ahogara las palabras de su madre.

—La ciencia de los Constructores era extraña. Utilizaban los virus para cambiar las cosas. Usaban virus para construir arcos y montones de cosas más, y luego modificaron el clima, de manera que siempre era cálido y abundaba la comida por todas partes. Y cuando modificaron el clima, también cambiaron ellos. Dejaron de construir arcos.

—¿Por qué? —preguntó Raymond.

—El clima cambió el temperamento de los Constructores —dijo Caitlin—. Tenían otras prioridades. Algunos se marcharon al espacio. Y los que se quedaron olvidaron mucho de lo que antes sabían.

—¿Viviremos fuera? —preguntó David.

Caitlin se rió.

Pella dejó las preguntas para sus hermanos. Escuchaba el tono de las respuestas de Caitlin, apremiante y cautivador. Oía a su madre convirtiendo en real la idea del traslado familiar al planeta de los Constructores de Arcos, hinchándola para rellenar el espacio que se había abierto cuando Clement perdió las elecciones.

Cuando el tren disminuyó de velocidad al llegar a la estación de la playa, el vagón de la familia se desenganchó y se dirigió al amplio aparcamiento bajo la estación. Caitlin los guió hasta el ascensor. Las señales de alerta superficie cobraban vida cuando la familia pasaba por delante.

Las puertas se abrieron a un bunker de hormigón iluminado por un fluorescente parpadeante, con el suelo cubierto de arena y la luz del sol asomando a la vuelta de una esquina. Pella descargó los conos aplastados. Caitlin apoyó la bolsa de los bocadillos y los juguetes en la pared, cogió uno de los conos y lo desplegó sobre David. Pella empezó a hacer lo propio con Raymond, pero su hermano la apartó.

—Sé hacerlo solo —dijo Raymond.

—Vale —contestó Pella. Cogió su cono y se ajustó la parte superior en la cabeza, después dejó caer el resto has-

ta el suelo, protegiéndose dentro del cono transparente.

—El mío es demasiado grande —dijo David. Pateó la parte que arrastraba por el suelo.

—Está bien —aseguró Caitlin—. Así no te quemarás. Mejor grande que demasiado pequeño.

—Parezco bobo.

—Da igual lo que parezcas —dijo Pella.

—De todos modos, es probable que no haya nadie, tonto —dijo Raymond con voz a la vez insegura y desdeñosa.

Raymond y David solo habían jugado una vez con la arena en un salón de la naturaleza llamado Evasión.

Salieron al sol enfundados en los conos. Pella levantó el borde del suyo y palpó la pared de hormigón al girar la esquina. La pared estaba fría. También se oía un zumbido, el zumbido tranquilizador que sonaba en todas partes, ascensores y aparatos de control del clima que vibraban en el subsuelo de hormigón y acero.

En todas partes menos allí donde se dirigían: fuera.

—Pella —dijo Caitlin, y Pella dejó caer de nuevo el cono, que arrastró el polvo a sus pies.

Abandonaron la sombra del bunker y la arena extendida frente al subsuelo de hormigón se confundió con la playa. Pella se quedó mirando hacia arriba, boquiabierta. Lo que tenía el cielo, lo que siempre olvidaba, era su amplitud vacía y abovedada. El azul o gris que había visto enmarcado por incontables ventanitas tintadas se mostraba ahora sin límites, explosivo. Un infinito que se abovedaba más allá de la vista.

Y el sol, el enemigo: horrible, imposible, invisible.

—Mirad.

Raymond y David señalaban hacia las ruinas que tenían detrás, el paseo marítimo, los almacenes ennegrecidos del parque de atracciones abandonado. Ni siquiera han mirado al cielo, pensó Pella.

—¿Veis esa torre, la que parece un champiñón? —dijo Caitlin—. Desde ahí se saltaba en paracaídas.

—¿Tú te subías ahí? —preguntó Raymond.

—No. Cuando yo era pequeña estaba cerrada. ¿Sabéis por qué? La gente no abría el paracaídas a tiempo y se rompía las piernas. Pero sí me subí en el Ciclón.

—¿El qué?

—La montaña rusa. —Caitlin la señaló, una cuna para gatos de hierro devastado que transmitía sensación de indefensión y desnudez bajo el sol.

Pella, molesta, se volvió hacia la playa. A izquierda y derecha la playa estaba vacía hasta los pilones de roca que, junto con el paseo marítimo, formaban tres de las cuatro paredes del marco. La cuarta pared, la peor, era la cinta inmensa e irregular de la valla de la montaña rusa que avanzaba entre los pilones por el borde del agua. Los residuos y las algas habían subido durante la noche y se habían colgado en lo alto del cable, oxidándolo, pero a mediodía el oleaje no llegaba a la base de la barrera.

Incluso esa distancia le cansaba la vista a Pella, desde la arena en la que se hallaba hasta el otro lado de la valla donde la arena más oscura se encontraba con el océano refulgente y sulfuroso. Incluso antes de lidiar con el borde donde el agua se juntaba con el cielo. Incluso antes de lidiar con el cielo.

Y ahora se suponía que debía ser capaz de mirar más allá de ese cielo, al espacio. Caitlin así lo quería. Pero hasta la extensión de arena era espacio suficiente, demasiado espacio.

Pella se alejó despacio de su familia en dirección al agua que la valla le impediría alcanzar. Mantuvo la vista baja para protegerse los ojos del terrible sol, observando el extraño rastro que el cono dejaba al arrastrarlo por la arena.

—¡Pella!

Sus hermanos se le acercaron corriendo, casi sin aliento, David a punto de tropezar con el cono.

—¿Fuerte o castillo?

—¿Qué? —dijo Pella.

—¿Construimos un fuerte o un castillo? David dice que un castillo y yo que un fuerte.

—¿Cuál es la diferencia?

—Venga ya, Pella...

—No, en serio, ¿qué diferencia hay entre un fuerte y un castillo? —Pella se dejó caer en la arena. El cono se plegó para acomodarla.

David se arrodilló a su lado.

—No lo sé.

—Un fuerte... —empezó Raymond, pero no continuó.

Caitlin extendió la manta detrás de sus hijos y apoyó en el suelo la bolsa con los bocadillos y los juguetes.

—¿Aquí está bien? ¿Qué es un fuerte, Ray?

—No saben la diferencia entre un castillo y un fuerte —explicó Pella, dejándose al margen.

Caitlin cogió un bocadillo, luego levantó el cono para sacar fuera la bolsa, que quedó expuesta sobre la manta.

—Un castillo es como una ciudad. La gente vive dentro, no solo el rey o los soldados. Es permanente. Un fuerte es una construcción bélica, solo para repeler ataques. Pero si vais a construirlos en la arena tal vez la diferencia esté en que el castillo es pequeño y detallado, como una casa de muñecas, y un fuerte es como una gran muralla detrás de la cual esconderse ante un ataque.

—Es lo que iba a decir —aseguró Raymond de manera concluyente.

—Vale, un fuerte —dijo David. Cubrió la bolsa de las provisiones con el cono y sacó la pala que Caitlin había empaquetado para cavar.

—Cuidado con el sol —advirtió Caitlin.

—Ya —dijo Raymond al tiempo que ponía manos a la obra.

Pella se tumbó con su madre en la manta, todo lo cerca que permitían los conos, y contempló las olas a través de la lejana valla de la montaña rusa.

La primera menstruación de Pella fue un pegote de rojo marronoso, como si se le hubiera muerto un animalillo pegado al cuerpo. Le estropeó unas bragas y la avergonzó, y dejó tras de sí un dolor anodino pero obstinado que la despertó por la noche. Solo entonces, mientras yacía despierta en la oscuridad, decidió contárselo a Caitlin, lo que motivó una chabacana lección acerca de la colocación de taponnes y un viaje de despilfarro al centro comercial subterráneo, como si Caitlin quisiera confirmarle a Pella la sospecha secreta de que aquel avance era una carga y requería alguna compensación.

—Raymond —dijo Caitlin—, mete las manos en el cono.

La derrota de Clement fue peor, una vergüenza colectiva, la familia entera se enterró como una momia en un sarcófago de negación, imaginando que las urnas no decían lo que sí decían, fingiendo no oír las llamadas telefónicas, no notar el pavor que irradiaba Clement. Luego pasaron una noche de lo más patética en un salón de baile cochambroso, con la vista clavada en los monitores, soportando pesames primero disimulados y después, poco a poco, más abiertos, como una fiesta en la que el invitado de honor fuera muriéndose gradualmente. Al final Caitlin se emborrachó y Clement, de manera imperdonable, no lo hizo, sino que permaneció lúcido y paternalista, acariciándole el pelo a Caitlin como si tratara de calmarla, mirando con aire compasivo alguna lejana frontera imaginaria.

Aunque resultó no ser lo bastante imaginaria.

Pella contemplaba a los chicos jugar con la arena, los veía descubrir la dificultad de colaborar en un proyecto desde el interior de sus conos separados. Los bordes de los conos rebanaban constantemente torres y murallas. Mientras Pella miraba, Raymond hundió el brazo hasta el codo en la arena.